

Elsa Cecilia Frost

El esquivo gato de la historia

(1928-2005)

Adolfo Castañón

I

El primero de julio de 2005 falleció en la Ciudad de México Elsa Cecilia Frost, profesora de Historia de la Filosofía, discípula de José Gaos y de Antonio Gómez Robledo, estudiosa de los primeros tiempos de La Colonia en México, en particular de la evangelización franciscana y de la influencia de Joaquín de Fiore en esa construcción utópica que fue la de los albores de Nueva España. Traductora cuidadosa y escrupulosa de numerosas obras para el Fondo de Cultura Económica como *El pensamiento de Santo Tomás de Aquino* de F. Copleston, *Cristianismo primitivo y paideia griega* de W.W. Jaeger, *El pensamiento de los profetas* de I. Mattuk, la *Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota* de K. Ratz, entre muchas otras como, por ejemplo, el *Diccionario de religiones* de E.R. Pike que ella ayudó no sólo a traducir sino a adaptar al español. Para la editorial Siglo XXI, Elsa Cecilia Frost colaboró en la traducción de diversas obras como *Cambio y continuidad entre los mayas de México* de Henri Favre, *Observaciones* de L. Wittgenstein, *Los conquistadores* de J. Lafaye, *Los judíos en México y América Central, Fe, llamas, inquisición* de S.B. Liebman. También supo traducir y anotar para el Banco de México los maravillosos *Viajes por México en los años 1845-1848* de K.B. Heller. Como editora supo presentar al público *Teatro profesional jesuita del siglo XVII* (1992) y *Testimonios del exilio* (2000) una antología con textos de Francisco Javier Alegre, Rafael de Zelis y Antonio López de Priego. Quizás el título más elocuente entre los que compiló, escribió o publicó sea *El arte de la traición o los problemas*

de la traducción (1992). Era una presencia discreta y eficaz, atenta y vigilante junto con Martí Soler, su compañero, lector y esposo de toda la vida.

Buena discípula de José Gaos y de Antonio Gómez Robledo, Elsa Cecilia —un nombre en el que se transparenta el aire de su linaje germánico— tuvo también muchos discípulos —sólo menciono al historiador y escritor Antonio Rubial— cuyas tesis corregía y revisaba con minucia de traductora experimentada, con astucia eficaz y desde luego con visión editorial. Mujer de libros y de letras, señora de los diccionarios y de las enciclopedias, Elsa Cecilia Frost ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua el 11 de noviembre de 2004. Para muchos fue una sorpresa caer en la cuenta de que aún no estaba presente en esa corporación pues era como si hubiese estado ahí desde hacía mucho. Era una de esas presencias discretas y generosas que son capaces de seguir la secreta marcha de la ciudad literaria sin dejar de atender la evolución de su propia música, de su propia obra, que en parte estribaba en el alumbramiento de la obra de sus discípulos y autores traducidos, al punto que se podía adivinar en ella la discreta sonrisa satisfecha de la nodriza que mira el presente con desprendimiento porque ha sabido sacrificar algo del pasado para auspiciar —y apostar— por el advenimiento de lo que —luz que llegará— todavía no es. Es autora de una obra sólida de interpretación e investigación que consta de títulos como *Las categorías de la cultura mexicana* (1972), *El milenarismo franciscano en México y el profeta Daniel* (1976), *La educación y la ilustración en Europa* (1986), *Franciscanos y mundo religioso en México*, (1993), *Este nuevo Orbe*

(1996) y *La historia de Dios en las Indias. Visión franciscana del Nuevo Mundo*, (2002).

Su discurso de ingreso a la Academia tuvo por tema la *Rhetorica cristiana* de Juan de Valdés y su traducción por el padre Esteban Palomera (cuya silla ella ocuparía), y por otros eminentes latinistas encabezados por Tarcisio Herrera Sapién. Ese libro y sus diversas circunstancias editoriales la llevaron a tocar una cuestión que no hubiese desafinado con la filosofía de la historia trabajada por su maestro José Gaos: la de las coordenadas intelectuales o conceptuales que podrían ayudar a deslindar las preguntas en torno a la situación de México. La respuesta solemne a dicho discurso la hizo el poeta Alí Chumacero.

México, ¿existe realmente?, es decir ¿existe en la realidad de las ideas? Y si es así, ¿cómo deslindar y definir esa substancia conceptual llamada México? Sin apartarse nunca de los textos claves para su exposición y resolviendo con elegancia deportiva los diversos encabalgamientos y cabos sueltos que suponía su argumentación, Elsa Cecilia Frost alcanzó a descubrir para nosotros y en nosotros una categoría verbal y conceptual y definitoria de la mexicana identidad: *Nepantla* ni de aquí, ni de allá pero de ambas orillas. Esa palabra indígena —*nepantla*— despierta en el oído mexicano una asociación inmediata: pues en los alrededores de un pueblo llamado así está situada la hacienda en que nació sor Juana Inés de la Cruz, sazonado fruto de las letras barrocas en el reino de Nueva España y figura axial en el proceso de consolidación de la conciencia que de sí misma tuvo la cultura criolla hispánica asentada en las Américas. La revelación de que *nepantla* era una posible categoría para dibujar la mirada entrañada en el seno de la incipiente cultura mexicana rima con la atmósfera global de esta época nuestra que en sus artes combinatorias se ve obligada a tomar en cuenta la cantidad mestiza, el sedimento magnético que, en el morero de la identidad, ha ido acrisolando el caudal entremezclado de las culturas, las lenguas y las sangres. Dice Elsa Cecilia Frost:

En este momento, que fue quizás el que Samuel Ramos tenía en mente al escribir su famoso libro, se produjo lo que él llamó “imitación extralógica”. Se negó valor a todo lo construido, material e intelectualmente, durante tres siglos en esa tierra “de en medio”. Se dio la espalda a lo español porque se vio como mero recubrimiento, una máscara de la que sería fácil desprenderse, pero también a lo indígena, pues, olvidado su significado, era imposible recuperarlo. Quedó reducido a un argumento para rechazar el pasado, sin que sirviera de base para el futuro.

En forma contundente, Antonio Caso (citado por Paz) caracterizó la imitación extralógica como innecesaria, superflua y contraria a la condición del imitador.

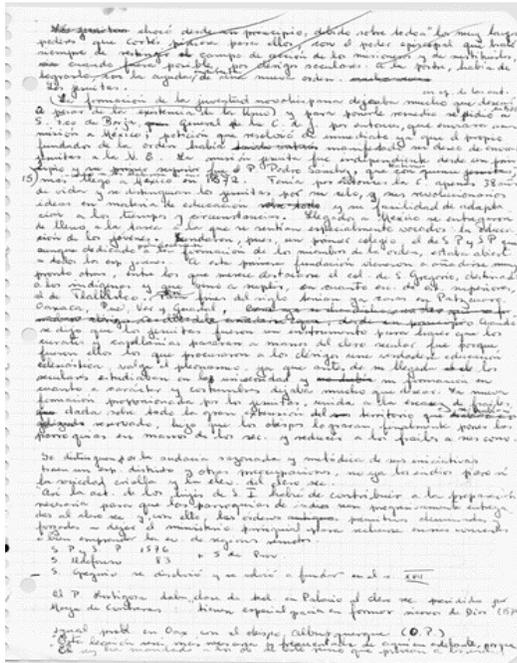


Elsa Cecilia Frost en su jardín

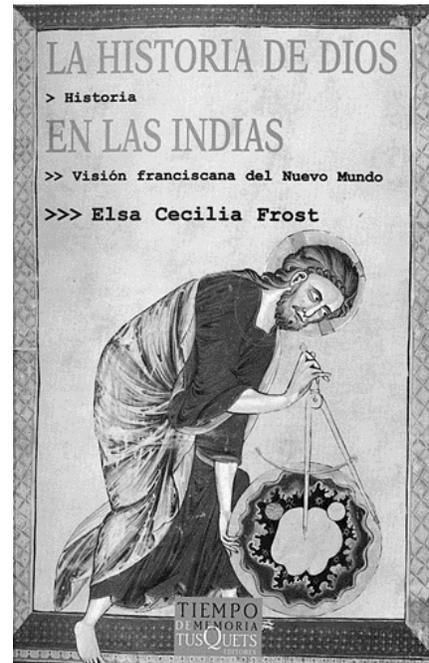
Sin embargo, fue esa ruptura lo que hizo posible que los fines políticos que se perseguían se cumplieran, cuando menos en parte, aunque para la cultura fuera un golpe tal que apenas si a más de un siglo de distancia se ve lo imposible del intento. El indio que decía estar *nepantla* sigue teniendo razón: la cultura se mueve en un terreno intermedio: ni español ni indígena, y fue la decisión de fincarla en tradiciones ajenas lo que la hizo caer en un vacío. Por ello, estas reflexiones en torno al fenómeno resultaron tan pesimistas que incluso se afirmó que México nunca pasaría de ser un reflejo de la cultura auténtica, la de los otros, cerrando así cualquier posibilidad de creación (...). El rostro auténtico de México quedó oculto bajo una máscara y quienes dieron forma oral o escrita a esa idea afirmaron que aquí, a causa de la irrupción española y del aniquilamiento de todo lo indígena, ya sólo se podría vivir una cultura inauténtica, sucursal, dependiente, heterónoma o colonial, según el gusto de cada autor. Fue tal la avalancha de valoraciones negativas que, como decía José Gaos, la única conclusión posible era que la originalidad de la cultura mexicana era precisamente el carecer de originalidad.¹

Según el doctor Hans-Albert Steger, decano de los iberoamericanistas europeos y amigo y maestro de Elsa Cecilia Frost, Octavio Paz habría tocado esta cuestión de *Nepantla* como categoría conceptual en alguno de sus escritos sobre la autora de *El divino Narciso*. Por Martí Soler, esposo de Elsa Cecilia, me enteré de esta curiosa noticia, pues cuando estaba ella preparando el mencionado discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la

¹ Elsa Cecilia Frost, Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, 11 de noviembre de 2004, p. 6.



Manuscrito de Elsa Cecilia Frost



Lengua buscó inútilmente en las obras del autor de *Sor Juana o Las trampas de la fe* dicha referencia. Ella tenía la esperanza de que yo la encontrara pero después de una intensa búsqueda me declaré derrotado y le comenté a Martí Soler los vanos resultados de mi investigación. Tal vez Octavio Paz en alguna entrevista no recogida en sus *Obras* o en alguna conversación había aludido a ese concepto —*Nepantla*— que tan bien podría definir las coordenadas espirituales de la nación mexicana. Y que la propia Elsa Cecilia Frost, mexicana de estirpe germánica, voluntaria de México y de su cultura, tanto y tan bien encarnaba.

Desde este horizonte se podrá palpar, como en el hallazgo de las piezas finales del rompecabezas, hasta qué punto incisivo lo que podría yo llamar el dominio del *garabato*—los numerosos estudios, libros y artículos escritos por Elsa Cecilia Frost— no le impedía controlar con el reojo de la buena traductora y correctora al *gato* esquivo de la historia. Gato y garabato que ella observaba y hacía observar pues ésa es la vocación salutar tanto del historiador—ese profeta que mira hacia atrás, como advierte Hegel citado por ella— como del lector-maestro con su caritativa y risueña ironía.

II

¡Qué poco nos duró el lujo de tener entre nosotros a Elsa Cecilia Frost de Soler como novena ocupante de la silla XIV de la Academia Mexicana de la Lengua! ¡Qué poco nos duró el placer, menos de dos años, de convivir con esta acuciosa y ejemplar pensadora, traductora y mujer

de letras! Es verdad que en la historia de las ideas de obras esenciales, de la cual fue ilustre ejemplo Elsa Cecilia Frost, ella había ya sentado sus reales en las letras mexicanas no sólo como autora sino como traductora ayudando “a fijar el uso en castellano, dentro de un contexto filosófico, de ciertos términos”, según ella misma asentó en una entrevista.² Como traductora, es decir como eslabón vivo y alerta en la cadena de la transmisión de las ideas y del conocimiento. En ésa y en otras facetas, Elsa Cecilia Frost supo ser discípula digna de sus maestros, el filósofo español José Gaos, quien combinaba a cabalidad —como ella misma— el arte de la traducción y la pasión por las ideas, y más precisamente por la filosofía de la historia y del historiador y escritor don Edmundo O’Gorman, igualmente dotado para la indagación histórica y filosófica. Fue además alumna atenta de don Antonio Gómez Robledo. Su labor caudalosa y certera como traductora la hizo trasladar algo más de treinta obras del alemán —su lengua paterna— y muchos otros del inglés y del francés, amén y a más de adaptar al castellano el *Diccionario de religiones* de E.R. Pike que habría que llamar más de Frost.

La traducción no era para ella tarea menor: “...la traducción —apunta en el ensayo “Las condiciones del traductor”—³ no puede ser la simple sustitución de una palabra por otra, sino que ha de convertirse en un gé-

² Elsa Cecilia Frost, *El Financiero*, 17 de enero de 2005.

³ En *El arte de la traición o los problemas de la traducción*, Elsa Cecilia Frost, compiladora, Colección Biblioteca del Editor, UNAM, México, 2000, pp. 15-28.

nero literario aparte, con reglas mucho más rígidas que la creación misma”, nos dice glosando el ensayo de José Ortega y Gasset, “Miseria y esplendor de la traducción”. Unas reglas mucho más rígidas ya que para traducir es fuerza desplazarse en el seno de “cuadros mentales diferentes, de sistemas intelectuales dispares —en última instancia— de filósofos diferentes”, para seguir citando a José Ortega y Gasset, el maestro de José Gaos y, por así decir, uno de los abuelos intelectuales de la tan eminente como modesta Elsa Cecilia Frost. La rígida disciplina de la traducción, el cinturón de castidad intelectual a que obliga el arte de la traducción no le impedían a Elsa Cecilia Frost desplegar o intercalar en su lección un fino sentido del humor, una gracia aérea que le permitía burlarse discretamente de los errores de los demás. De la sonrisa felina de su tijera políglota no se escapaba ni siquiera el propio san Jerónimo, autor de *La Vulgata* y patrón de los traductores:

Porque los escollos de la traducción son tantos que el oficio se asemeja más que a ninguna otra cosa a un laberinto donde no se sabe qué puede salir al paso y nadie se salva de caer en las trampas. Tan es así que de ello no se han librado ni aun los traductores del texto sagrado. Con resultados sorprendentes, pues los cuernos que adornan la cabeza de las imágenes de Moisés no son —según los intérpretes modernos— más que un error de traducción. Fue ni más ni menos que san Jerónimo quien, al traducir el texto del Éxodo⁴ que describe el aspecto de Moisés al bajar del Sinaí, asentó: *et ignorabat quod corneta esset facies sua ex consortio semones Domini*. Como esta traducción fue durante siglos el único texto autorizado y accesible, la imaginaria cristiana aceptó con naturalidad tales cuernos que, sin embargo, ya en el siglo XVI —justo cuando se hacían nuevos estudios de los textos bíblicos en sus lenguas originales— deben haber causado cierta desazón, puesto que Miguel Ángel los redujo y trató en forma tal que pueden confundirse con los rizos de la cabellera. Caso extremo, sin duda, pero ejemplar de las dificultades de la traducción.

O bien, el traductor al castellano de *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler donde se lee que:

⁴ Ex. xxxiv.29. *La Biblia de Jerusalén* traduce: “No sabía (Moisés) que la piel de su rostro se había vuelto radiante, por haber hablado con Yahvéh”. Es posible que el error de san Jerónimo se deba a la forma de escribir el hebreo, que registraba sólo los sonidos consonantes y semi-consonantes. De hecho, la fijación del sistema de vocales fue tardía. Los rabinos se vieron obligados a establecer el texto del Antiguo Testamento durante los primeros siglos de expansión de su rival, el cristianismo, y tal fijación trajo consigo la de los sonidos vocales. Con este fin se creó un sistema de puntos que pueden ponerse en la parte superior y al centro, si bien la *shin* puede llevarlo a la derecha o a la izquierda. Esta brevísima exposición deberá bastar para comprender las dificultades de lectura de los textos hebreos. (En *El arte de la traducción o los problemas de la traducción*. Elsa Cecilia Frost, compiladora, Colección Biblioteca del Editor, UNAM, México, 2000, p. 16).

(...) en lo alto de la bóveda de la iglesia de san Lorenzo de Nürnberg, se ve flotar el “saludo inglés”. Como es evidente para cualquier lector (pero no para un cansado traductor) que en las iglesias no flotan saludos, ni siquiera en forma metafórica, debe tratarse indudablemente de otra idea. La solución no es fácil, ya que para llegar a ella es necesario saber que durante la Edad Media el adjetivo *englisch* significaba en alemán tanto “inglés” como “angélico”. De modo que lo que efectivamente pende de la cúpula de San Lorenzo es la bellísima “Salutación angélica” o “Anunciación” del escultor Veit Stoss.⁵

Detrás de esa ironía y esa sonrisa había un hondo sentido humano (y aun humanitario), pues Elsa Cecilia Frost no perdió nunca de vista las facultades que deben asistir a un traductor; saber leer, buen oído, sensibilidad, humildad; Elsa Cecilia Frost añade, además, paciencia. La fidelidad a este marco ético y estético desde luego le dio un lugar privilegiado en esa escuela no tan invisible que es la que conforman los traductores mexicanos, los miembros de esa sociedad casi secreta que podemos llamar escuela mexicana de traducción, a la que pertenecen figuras tan eminentes y encontradas como pueden ser fray Bernardino de Sahagún y José María Luis Mora, Miguel León-Po rilla y Antonio Alatorre, Alfonso Reyes y Margit Frenk, José María Vigil y Salvador Díaz Cintero, Rubén Bonifaz Nuño y Salvador Elizondo, Tomás Segovia y Margo Glantz, Salvador Novo y Sergio Pitol. ¿Y cómo no iba a darse en México una escuela mexicana de traducción si desde sus orígenes nuestra República Mexicana —Humboldt pensaba que era un continente— ha sido un corredor y un espacio de cruce y convergencia de diversas culturas, ya en la edad prehispá-

⁵ *Ibidem*, pp. 16-17.



La familia Soler Frost con Elsa en el centro y su perra siberiana, 1985

nica, ya en las edades ulteriores? País traducido, país de lenguas, país de traductores y de trujamanes, nación multilingüe y políglota donde el oficio de traducir y tr a n s-vasar es cotidiano, México no podía dejar de ser un país de elección para el noble oficio de las letras traducidas y su historia y la historia de las ideas no son ni pueden ser ajenas a la historia de la nación mexicana.

Esto lo intuyó desde sus primeras tareas hasta la última obra mayor Elsa Cecilia Frost. Y justamente en *La historia de Dios en las Indias. Visión franciscana del Nuevo Mundo*,⁶ nuestra autora eleva la cuestión de la traducción a una dimensión mayor, colindante con —llamada así desde Voltaire— la filosofía de la historia. Obra clave y axial en el debate historiográfico transatlántico, *La historia de Dios en las Indias* es una recapitulación apasionante de la historia y la evolución del pensamiento religioso, el Viejo y el Nuevo Mundo antes, durante y después del advenimiento de Jesús, el Cristo que le sirve a la autora para llevarnos de la mano por la evolución del pensamiento profético y milenarista hasta llegar a las figuras de san Francisco de Asís y de Joaquín de Fiore, ambos precursores y maestros de los franciscanos que llegaron al Nuevo Mundo y, en particular a México. La historia del surgimiento, apogeo, luchas y paulatino debilitamiento de los radicales *fratticelli* y *spiritualli* se presenta en el libro de Elsa Cecilia Frost con novelesca andadura, digna de la novela *El nombre de la rosa* de Umberto Eco. Pero esto sólo será un prelude para atacar el plato de resistencia encerrado en la segunda parte de esta obra donde los pliegues de la filología y de la traducción se doblan y desdoblan como una fauna de papel para dar cuenta de la empresa franciscana en el Nuevo Mundo. Discípula cercana de Edmundo O’Gorman y ganadora de la distinción que lleva el nombre de este ilustre fecundo Profesor Emérito, Elsa Cecilia Frost se planta en medio de la selva de los cronistas y va desenredando hilo por hilo y cuenta por cuenta la trama no siempre fácil de gobernar y seguir de Motolinía y Zurita, de Alonso de la Veracruz y de Juan de Torquemada, de Bernardino de Sahagún y de Bartolomé de las Casas, de Cervantes de Salazar y de Mendieta, de Fernández de

Oviedo y de Acosta. Elsa Cecilia Frost no pierde nunca de vista en este libro mayor ni el horizonte universal de las ideas religiosas y filosóficas ni la presencia —la función se diría en términos matemáticos— de figuras tan relevantes para esta relación como Colón, Carlos V, Hernán Cortés. Los personajes centrales de este admirado y apasionante libro de Elsa Cecilia Frost son, por supuesto, las ideas y, entre ellas, dos en particular: la prometedora idea del reino prometido por la palabra de Jesucristo y su compañera indisoluble: la idea de pobreza. Estas ideas de corte escatológico y profético serían como el combustible que mueve la maquinaria de la sutil pero muy real explicación de la historia de las ideas, de la filosofía de la historia labrada con elegancia musical y destreza argumentativa —una de las “especialidades” de la doctora Frost— y tono humano —casi tomista—, en fin buen juicio moral. Ese buen juicio para el cual Elsa Cecilia Frost, para emplear sus propios términos, tenía tan buen oído.

En sus “Notas sobre la inteligencia americana”, Alfonso Reyes escribió en 1934:

Llegada tarde al banquete de la civilización europea, América vive saltando etapas, apremiando el paso y caminando de una forma u otra, sin haber dado tiempo a que madure del todo la forma precedente.⁷

Leyendo *La historia de Dios en las Indias. Visión franciscana del Nuevo Mundo* de la admirada Elsa Cecilia Frost, recordaba yo estas palabras, pues tanto Motolinía como Mendieta emplean la parábola bíblica de los invitados al banquete del Señor para dar cuenta del lugar que vinieron a ocupar los “pobrecillos” aborígenes como convidados al banquete de la civilización europea. Pero también las recordaba por un motivo distinto, preguntándome ¿por qué a Elsa Cecilia Frost le tocó levantarse tan pronto del simposio académico? Si bien no hay duda de que ella ya se había dado tiempo de que madurara en sí misma el fruto, la obra, sigue nuestra amistosa interrogante de por qué fue llamada tan temprano a dejar nuestro académico simposio.

⁶ *La historia de Dios en las Indias. Visión franciscana del Nuevo Mundo*, traducción de Elsa Cecilia Frost, Tiempo de Memoria, Tusquets Editores, primera edición, México, 2002, 291 pp.

⁷ *Obras completas* de Alfonso Reyes, tomo XI, pp. 82-83.

Era una de esas presencias discretas
y generosas que son capaces de seguir
la secreta marcha de la ciudad literaria.